

* Pudiéramos variar hasta lo infinito ejemplos tales, y nos harían ver que el tiempo es la abstracción de las duraciones, que es lo que hay de común á todas ellas; y como, dada una duración, podemos concebir otra mayor, y dada ésta, otra mayor aún, resulta que llegaremos así á una duración sin límite, á concebir algo que ni haya comenzado á ser, ni pueda dejar de ser, y en tal caso habremos concebido el tiempo en su mayor extensión.

El tiempo es, respecto de las duraciones limitadas, lo que el espacio respecto de las magnitudes; éste es una extensión superior, y aun infinitamente superior á todas las extensiones dadas, y aquél es una duración superior, y aun infinitamente superior, á todas las duraciones dadas.

Hemos considerado el tiempo como duración, ó cualidad de las cosas que persisten; también podemos considerarle como sucesión, ó cualidad de las cosas que se suceden ó se sustituyen las unas á las otras. Bajo este aspecto el tiempo es la abstracción de las sucesiones.

El que apoyado sobre la barandilla del puente de las Artes se distrae contemplando la corriente del Sena, ve una serie, ó sucesión no interrumpida de masas líquidas, que ocupando el lugar de las que les precedieron, y cediéndolo sin violencia á las que vienen detrás, producen la uniforme continuidad de la masa líquida en movimiento. Si observamos el movimiento de un ferrocarril notamos las diferentes posiciones que el tren va ocupando en su trayectoria. Los objetos ofrecen cambios, y éstos se suceden á menudo uniformemente: el grano se convierte en embrión, el embrión en planta, la planta florece y luego fructifica.

Abstrayendo lo que hay de común en estas diferentes sucesiones ó series formamos la idea de tiempo, si la serie se compone de pocos términos, y éstos se reemplazan unos á otros sin cesar, la serie durará poco; durará mucho en el supuesto contrario, y como, por larga que sea una serie, aun se pueden admitir términos iniciales y términos finales, y esto sin límite alguno, nuestro espíritu queda incapacitado para concebir un acontecimiento que no hubiera sido precedido de otro, ó un suceso que no tenga otro por consecuencia.

El tiempo nada es, nada significa sin las duraciones que pasan en él, ó sin la serie de sucesos que en él trascurren.

Cuando queremos tener idea de períodos de tiempo, que nos sirvan de término de comparación, escogemos duraciones, ó sucesiones, familiares á todos; la duración del movimiento diurno de la tierra determina el período de tiempo llamado día, la de su movimiento anual fija el período de tiempo llamado año; para períodos mayores nos servimos de otras duraciones bien conocidas, como la de la vida ordinaria de un hombre.

No podemos imaginarnos un período muy grande de tiempo, sin traer á la memoria los sucesos que en él han ocurrido. El que se quiere representar la duración de un siglo, hace una revista rápida de los principales sucesos acaecidos en él; en el siglo XVIII, por ejemplo, recordamos los últimos 15 años del reinado de Luis XIV, los sucesos de la Regencia, el largo reinado de Luis XV, los primeros 15 años del reinado de Luis XVI, y los grandes sucesos de la Revolución francesa, hasta la proclamación del Consulado. Tomando por medida los sucesos de la historia de España, recordaríamos la guerra de sucesión, los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III, y los doce primeros años del reinado de Carlos IV.

Antes que se conociera la sucesión geológica, seguida de la prehistórica, cuando para conocer el pasado de la humanidad no se contaba más que con los documentos históricos, y para las épocas primitivas con las tradiciones, leyendas y mitos, se fijaba un período de unos 7,000 años á la aparición del hombre y á la de la misma tierra. Hoy se admite que la existencia del hombre data de una época muchísimo más antigua, y que la de la tierra le antecede infinitamente más aún.

En comprobación de lo que venimos asentando, nótese esto: nuestras apreciaciones subjetivas del tiempo están subordinadas al número y á la intensidad de los cambios experimentados: cuando el hombre se aburre, y las horas le parecen largas, es porque en su sentido íntimo se verifican pocos cambios; se divierte y el tiempo le parece corto, por que se encuentra en condiciones contrarias; si el sufrimiento hace parecer el tiempo interminable es porque se impone penosamente al sentido íntimo, impidiéndole fijarse en otros cambios. El tiempo no se mide sino comparando unas sucesiones con otras.

El tiempo no existe como idea pura, cuando se prescinde

de toda sucesión, nada relativo á tiempo queda en el espíritu. La sensibilidad muscular, el tacto y la vista nos dan á conocer el espacio, estos mismos sentidos nos dan á conocer el tiempo, y á ellos se agrega otro sentido superior, que se refiere casi exclusivamente al tiempo, este sentido es el oído cuyas percepciones son necesariamente sucesivas.

La idea de tiempo proviene, pues, de nuestras experiencias de sucesiones y duraciones, ellas explican suficientemente los caracteres que, como concepto reviste. Es, pues, ocioso y contrario al buen método buscarle otro origen.

§ 6.—La idea de causa implica una sucesión y un desarrollo de energía, llamamos causa de un fenómeno á lo que lo produce, á lo menos entendiendo la causa en el sentido de causa eficiente. La causa por tanto no puede ser posterior á su efecto, debe serle anterior.

La idea de energía desarrollada en la causa y transmitida al efecto, es el alma, digámoslo así, de la de causa eficiente.

¿Puede señalarse un origen experimental á esta idea? Sí, radica en un hecho primitivo de nuestra conciencia, que constituye el fondo de las relaciones entre el "yo" y el mundo exterior. Nos sentimos seres activos, capaces de obrar sobre lo que nos rodea, poseemos en nosotros una suma de energía que, desarrollada en los músculos, puede obrar sobre las cosas y hacerlas cambiar de sitio, de tamaño, de número y, en una palabra, de propiedades. La conciencia de esta energía se traduce en el sentido íntimo bajo la forma de voliciones, y objetivamente bajo la de actos ejecutados por nosotros sobre las cosas que nos rodean.

Nuestra experiencia exterior nos manifiesta en torno nuestro movimientos que se comunican, energías que se transmiten, y, generalizando estas experiencias, y asimilándolas al tipo de energía que nos es dado por la conciencia, se forma en nuestro espíritu la idea de una potencia que, surgiendo en el fenómeno causa, da nacimiento al fenómeno efecto.

El gran principio científico, llamado la persistencia de la fuerza, define con precisión lo que hay de positivo en esta idea de una causa productora de fenómenos, que, cediendo á una tendencia espontánea nuestra, generalizamos, asimilándola al único tipo que directamente conocemos: la acción de la voluntad sobre los músculos.

Por tanto, la idea de causa, como las de espacio y tiempo, queda suficientemente explicada por la generalización de una experiencia constante y nunca desmentida.

§ 7.—Todas las propiedades de los cuerpos las conocemos por nuestras sensaciones, son los diferentes modos con que ellos afectan nuestra sensibilidad. El oro es amarillo, el cobre rojizo, la nieve fría, el cloro verdoso, los vapores de yodo violáceos: he aquí afirmaciones en que se dan á conocer las impresiones que los respectivos cuerpos nos causan, y que constituyen otras tantas propiedades de dichos cuerpos. Pero nosotros nos inclinamos irresistiblemente á creer que los cuerpos son algo más que un conjunto de atributos, que hay en ellos algo que contiene los atributos, que los une, los enlaza, y los sostiene en la unidad del mismo cuerpo. Este algo sería la substancia: vocablo, derivado del verbo latino *sustentare* que significa sustentar ó sostener.

En el agua, además de la propiedad de ser líquida, trasparente, insípida, incolora, inodora, de presentar, á la temperatura de 4° centígrados, un grado máximo de densidad que sirve de patrón para medir la de los otros cuerpos sólidos ó líquidos, se admite una substancia, de la que esas cualidades ó atributos serían la manifestación.

Lo mismo sucede tratándose del espíritu: los pensamientos, las voliciones, las sensaciones, son accidentes ó modificaciones de una substancia á que debe el espíritu su unidad, su continuidad, su personalidad.

Puedo sentir ó no una impresión determinada, pensar en tal ó cual cosa, querer tal ó cual otra; pero el sentido íntimo me persuade á creer que mi espíritu, mi yo, mi alma, mi personalidad, es distinta de aquellos sus diferentes accidentes; las sensaciones pasan, las ideas se disipan, los deseos se extinguen; pero la esencia ó substancia que los sustentaba, persiste, como persiste el árbol aun cuando pierda su follaje.

¿La idea de substancia significa esto realmente? ¿esta idea y lo que ella signifique, son independientes de la experiencia, ó como todas las demás son producto de la experiencia? Contestamos negativamente á la primera pregunta, y optamos por el segundo término de la alternativa para la segunda.

Examinemos sucesivamente las dos cuestiones, y para la primera tratemos por separado lo que se refiere al objeto y lo que se refiere al sujeto.

Consideremos un cuerpo cualquiera, por ejemplo, una naranja; además de lo que en este cuerpo afecta mis sentidos, parece existir en él algo más, un *nexus* que da á sus atributos permanencia y unión estrecha. Supongamos que la naranja está en mi escritorio, si vuelvo la cara hacia otro lado, si salgo de la pieza, dejaré de verla, mas la volveré á ver á mi regreso cuando vuelva el rostro hacia ella. Puedo permanecer mucho tiempo sin ver el sol, pero lo volveré á ver siempre que quiera.

Si tenemos en cuenta lo ya asentado sobre sensibilidad muscular, nos explicaremos estas apariencias, y convendremos en que ese supuesto *nexus* proviene de aquella sensibilidad. Todas las impresiones que la naranja puede causarme, están invariablemente unidas al desarrollo de mi energía muscular, cuantitativa y cualitativamente definida.

Si estando á diez pasos de la naranja me acerco á ella, mi impresión visual se irá modificando en proporción á mis movimientos; la naranja ocupará una área cada vez mayor de mi campo visual; cuando ella esté al alcance de mi mano, percibiré las sensaciones debidas á su consistencia, á su peso, á los accidentes de su superficie; si la acerco á mi nariz percibiré su aroma, con tanta más intensidad cuanto más la acerque; si ejecuto en sentido inverso la serie de movimientos que acabo de efectuar, la serie de sensaciones que he debido á la naranja, se realizarán en sentido inverso. La naranja no es, pues, simplemente un conjunto de sensaciones, sino que éstas están ligadas invariablemente á variadas formas de mi energía muscular.

A esto mismo se debe lo que llamo la persistencia de la naranja. Si viéndola de hito en hito, vuelvo el rostro 45°, dejo de verla, pero tengo la íntima convicción de que la naranja está allí: ¿qué quiere decir esto? Sólo significa que si restituyo la cabeza á su primera postura, volveré á ver la naranja, ó bien, que sin restituir la cabeza á esa postura, podré sentir ese objeto extendiendo la mano hasta tocarlo, y que podré verlo si lo cojo con la mano, y ésta ejecuta un movimiento análogo al que mi cabeza hubiera ejecutado.

La persistencia, afirmada por mi sentido íntimo ¿á qué se refería pues? ¿á la naranja ó á mi sensibilidad? Se refería á mi sensibilidad; de lo que yo estaba seguro, era de que volviendo la cabeza, ó moviendo la naranja con mi mano, volvería

tener la sensación de color amarillo y de forma esferoidal que antes había tenido, supuesto que la naranja para mi sentido íntimo no es nada, como no sea un conjunto de sensaciones.

¿Por qué, pues, si en realidad el testimonio de mi conciencia se refería á mi sensibilidad, parecía referirse á la naranja? Por la tendencia irresistible que nos lleva á *exteriorizar* nuestras sensaciones referentes al objeto, es decir, á colocarlas fuera de nosotros.

Por tanto, lo que se llama permanencia de los cuerpos, no es más que la permanencia en nosotros de la posibilidad de experimentar determinadas sensaciones ejecutando determinados movimientos. +

Esta permanencia de la posibilidad de sensaciones, nos hace aguardarlas con certeza cuando no las experimentamos, nos hace esperarlas, de aquí viene que Mill llame expectación de sensaciones á la convicción íntima que tenemos de su vuelta. Si sé que una persona está detrás de mí, espero firmemente que, volviendo la cabeza hacia atrás, experimentaré las sensaciones visuales que esa persona me procura.

El contraste entre una cosa y sus propiedades, no tiene pues por términos: una substancia misteriosa, desconocida é incapaz de afectar nuestros sentidos, y las sensaciones que ella nos procura. Sus términos reales son: la alianza indisoluble de ciertas impresiones á ciertos movimientos, y esas mismas impresiones consideradas independientemente de los movimientos.

Semejantes reflexiones se pueden hacer relativamente al "sujeto:" el contraste entre el "yo" y sus accidentes, tiene por verdaderos términos: una modalidad dada del sentido íntimo, y el conjunto de las otras, conservadas por el recuerdo, enlazadas por la asociación, y por la inferencia. El "yo," no es más que una posibilidad permanente de estados de conciencia: fuera de los sentimientos, de los pensamientos, de las voliciones, el "yo," desaparece en totalidad. +

No lo juzgan así los que interpretan el sujeto en el sentido realista, é invocan en apoyo de su sentir dos sentimientos: el sentimiento, atestiguado por el sentido íntimo, de la unidad é identidad del "yo" á través de sus cambios; el sentimiento, igualmente atestiguado por el sentido íntimo, de la persistencia del "yo" más allá del momento presente.

Desarrollando lo primero dicen los realistas: el "yo" permanece uno é indivisible á través de sus cambios, por muy considerables que estos sean; se puede sentir, pensar y querer, de un modo radicalmente opuesto á lo que se quería, se pensaba y se sentía en otra época, y se tiene sin embargo, el convencimiento íntimo de que el sujeto de estas modificaciones es el mismo que antes era. El rey vencido, destronado y proscrito, es el mismo rey que antes fuera vencedor y poderoso. Luis XVI humillado é insultado en el Temple, era la misma persona cortejada y adulada en Versalles; hoy yo pienso, siento y quiero de diverso modo que hace 30 años, y sin embargo, tengo la seguridad de ser la misma persona, de que sólo han variado los accidentes, pero no la substancia de mi ser.

A pesar de la fuerza aparente de estas consideraciones, no demuestran lo que pretenden demostrar, á saber: la existencia de una sustancia diversa de sus accidentes: mi "yo" en el pasado se resuelve como en el presente, en sentimientos, pensamientos y deseos; mi "yo" en el pasado no se extiende sino hasta donde alcanza mi memoria, fuera de las impresiones que ella ha incorporado á mi "yo" en el presente, mi "yo" no existe. Mas allá de las primeras impresiones de la infancia, perdemos enteramente la conciencia de nuestra personalidad, aunque ya existiéramos; desde la época en que la memoria es clara, hasta la presente, la conciencia de la vida pasada se interrumpe frecuentemente en aquellos días, semanas ó meses, que no nos dejaron ningún recuerdo; las modalidades del sentido íntimo, experimentadas entonces, no se incorporan por la memoria al "yo" actual, y es como si no hubieran existido, como si el "yo" mismo no hubiera existido.

Durante las horas de sueño profundo nuestra personalidad se eclipsa totalmente, se abre un paréntesis en ella y esas horas no se tienen por vividas. Por lo demás ¿cómo interpretan los realistas, los hechos bien comprobados hoy, de cambios de personalidad, y de doble personalidad, observados por los frenópatas? ¿cuántas veces se ven en las casas de locos, miserables enajenados que creen ser Napoleón I, el Papa ó el mismo Dios, así como otros que creen ser al mismo tiempo dos personas distintas?

El sentimiento de la unidad y de la continuidad del "yo,"

analizándolo bien, no es más que la continuidad de una serie de estados de conciencia, que no se confunde con otra serie; la significación positiva de este concepto es la unidad del conjunto, á pesar del cambio incesante y continuo de los componentes.

Este concepto es plenamente positivo, no sólo se realiza en el sujeto, sino que á menudo se realiza plenamente en el objeto. Se realiza en nosotros mismos, en nuestro cuerpo ó parte material de nuestro ser: nuestro cuerpo cambia continuamente de elementos, sin cesar penetran á él materiales nuevos, y son expulsados materiales gastados é inútiles; como decía el eminente de Blainville: "La vida es el doble movimiento de composición y descomposición;" y sin embargo, nuestro cuerpo es el mismo desde la cuna hasta el sepulcro, el cuerpo que se meció en la primera, es el mismo que va á podrirse en el segundo; pero el mismo tan sólo en cuanto á la continuidad de su conjunto, no en cuanto á los elementos que le componen, ni en cuanto al aspecto exterior, y otras cualidades bien perceptibles. A los 70 años, el cuerpo de un hombre no conserva una sola de las partículas que le componían al nacer, y los cambios son tan profundos, que si la experiencia no lo atestiguara, nos resistiríamos á creerlo. ¿Qué diferencias tan enormes no hay entre el viejo trémulo, achacoso, encanecido, marchito y arrugado, y el niño fresco, sonrosado y rozagante? y sin embargo, decimos que el cuerpo del viejo fué el mismo que el del niño. El mismo sí, pero sólo en cuanto á la continuidad del conjunto.

Esta continuidad del conjunto, á pesar de los cambios en los componentes y en los detalles, no es exclusiva del cuerpo humano, es común á todos los seres vivos animales y vegetales; el viejo ahuehuate de la noche triste, á pesar de los grandes cambios que ha sufrido en su vida secular, es el mismo bajo cuyas ramas, es fama que lloró Cortés en la ruda brega de la Conquista, y que con su gallardo tronco y gentiles ramas, fué quizá mudo testigo de la venida al Valle de México de las primeras tribus *nahoas*.

En el mundo inorgánico presenciamos frecuentemente ejemplos de conjuntos persistentes, en medio de la incesante variación de sus componentes. El hermoso *cúmulus*, que parece inmóvil en las capas atmosféricas, está formado por el

paso continuo é incesante de partículas de vapor en estado vesicular; las bellísimas cintas del arco-iris, parecen también inmóviles, continuas y fijas; y son, no obstante, engendradas en una infinidad de gotitas de agua, que pasan y vuelven á pasar, renovándose incesantemente; la llama de una vela es formada por la carrera vertiginosa de partículas incandescentes, que la atraviesan sin cesar de la base al ápice; la majestuosa corriente de un río, resulta de la no interrumpida sucesión de masas líquidas, renovadas sin cesar.

Semejante es el "yo" en el pasado, una serie ó sucesión continua de estados de conciencia que se sustituyen unos á otros, formando la continuidad y la unidad de la vida consciente. Como en la corriente de un río, masas turbias y turbulentas pueden suceder á masas límpidas y serenas, sin interrumpir la corriente, así en la vida espiritual, estados de conciencia penosos y desagradables, pueden suceder á otros risueños y placenteros, sin que esto quebrante la unidad de la conciencia mental.

Examinemos ahora lo que es la persistencia del "yo" en el porvenir. En un instante cualquiera de nuestra vida mental, tenemos la convicción profunda de que nuestra existencia se prolongará aún. Esta convicción se ha presentado como un testimonio inmediato del sentido íntimo, como una intuición de lo porvenir. No hay nada que en el tiempo limite necesariamente esta convicción, si nos trasladamos mentalmente á épocas futuras, cualesquiera que ellas sean, creemos irresistiblemente que nuestra vida mental se ha de prolongar todavía. Podemos admitir, y con facilidad admitimos que nuestro agregado corporal se disuelva, disociando sus elementos; pero á pesar de esta catástrofe de nuestro cuerpo, no admitimos que pase otro tanto con nuestra vida mental.

Analizando el testimonio de la conciencia, en lo que se refiere á esta prolongación del "yo," más allá de un momento determinado, nos persuadimos á establecer dos cosas: que esa convicción resulta de una inferencia y no de un conocimiento inmediato é intuitivo; resulta, además, que la experiencia es el origen y el fundamento real de esa inferencia.

En efecto, lo que nuestra conciencia nos afirma en cualquier momento que la consultemos acerca de este punto, es que nuestra vida mental ha de persistir aún. Así como yo

pienso, siento y quiero hoy, infero que pensaré, sentiré y querré mañana y pasado; la operación es del mismo género que la que me hace creer que mañana y pasado mañana el sol saldrá y se pondrá, como ha salido y se ha puesto hoy.

Esta creencia no tiene otro fundamento que la experiencia de mis estados de conciencia pasados, que enérgicamente asegura que á cualquiera de ellos ha sucedido otro. La inferencia es incondicionada, porque así es también la experiencia de nuestro "yo" en el pasado; sea cual fuere el lugar donde hayamos estado, sea cual fuere la época de que se trate, sean cuales fueren las circunstancias que nos hayan rodeado, nuevos estados de conciencia, nuevas modalidades del sentido íntimo, han venido á añadirse á un estado determinado.

Nada más sencillo que explicarnos la imposibilidad de imaginar la cesación del "yo;" toda tentativa, de representar algo en la imaginación, supone cierta actividad puesta en ejercicio, estado contradictorio al de la suspensión de la actividad mental.

CAPITULO V.

DIVISION LOGICA DEL CONOCIMIENTO.

§ 1.—Hasta aquí hemos considerado el conocimiento como un mero estado del espíritu, como resultado del simple ejercicio de la facultad de conocer. En tal concepto, todo conocimiento se compone siempre de dos términos: uno relativo al espíritu que conoce, y referente el otro á lo que se conoce. Estos dos términos son el sujeto y el objeto del conocimiento. Este nuevo empleo de las palabras sujeto y objeto, no debe confundirse con el empleo que de las mismas hicimos anteriormente, pues ya dijimos entonces, que sujeto equivalía al "yo," y objeto al "no yo;" aquí las usamos con otro propósito, pues por sujeto del conocimiento entendemos la modificación que experimenta el espíritu cuando conoce, y por objeto del mismo significamos la causa, el motivo ó el contenido de esa modificación.